



Entrevista

La Entrevista con Diario Longino

Leonor Bravo: “Romper con el patrimonio, es romper con la memoria colectiva”

La arquitecta y gestora de contenidos patrimoniales Leonor Bravo plantea una mirada crítica sobre el abandono urbano, la fragilidad del patrimonio y la falta de educación cívica en la ciudad, pero también abre una ruta posible: recuperar Iquique desde la conciencia, la comunidad y la voluntad de actuar.

Iquique suele mostrarse hacia afuera como una postal luminosa. El mar, la costanera, el horizonte abierto, el borde costero que seduce a quienes llegan desde ciudades saturadas y sin respiro. Pero basta internarse una cuadra hacia el corazón urbano para que esa imagen cambie bruscamente y aparezca otra ciudad: una que arrastra edificios heridos, veredas deterioradas, cables colgando, fachadas vencidas y una dolorosa sensación de abandono. En esa tensión entre belleza natural y descuido estructural se ha instalado la voz de Leonor Bravo, arquitecta nacida y criada en Valparaíso, formada en la Universidad de Valparaíso, residente en Iquique desde hace más de una década y hoy convertida en una de las observadoras más activas del estado patrimonial de la ciudad.

Desde su plataforma digital, donde ha logrado construir una comunidad orgánica en torno a la historia, la arquitectura y la identidad urbana, Bravo ha puesto el foco en un tema que por años estuvo ahí, visible para todos, pero pocas veces abordado con insistencia y convicción: el deterioro del patrimonio iquiqueño y la naturalización de ese deterioro como si fuera inevitable. Su diagnóstico no se queda en la nostalgia ni en la crítica fácil. Habla de planificación, de educación, de decisiones políticas, de ciudadanía y también de responsabilidad compartida. En esta conversación, la arquitecta desmenuza las razones de su cruzada, compara a Iquique con Valparaíso, cuestiona la forma en que se ha entendido el desarrollo urbano local y llama a las autoridades a verla no como una adversaria, sino como una colaboradora en una tarea urgente.

Leonor Bravo es arquitecta de profesión, oriunda de Playa

Ancha, Valparaíso. Tras años de trayectoria laboral y emprendimiento, y luego de dejar el ejercicio tradicional de la arquitectura en 2017, convirtió sus redes sociales en una plataforma profesional y de divulgación. En Iquique encontró no solo una ciudad para vivir, sino también un territorio que observar, pensar y defender.

—Leonor, tu relación con Iquique mezcla biografía, oficio y observación cotidiana. ¿En qué momento esa experiencia personal se transformó en una voz pública sobre patrimonio y ciudad?

—Creo que fue un proceso muy natural. Nosotros con mi esposo siempre hemos tenido la costumbre de caminar mucho la ciudad. Para mí eso no es casual, porque vengo de una formación arquitectónica muy marcada por la observación del espacio urbano. A los arquitectos de la vieja escuela nos hacían caminar, mirar, leer la ciudad, entender por qué una calle funciona de cierta manera, por qué la gente ocupa un espacio y no otro, cómo cambian las dinámicas a distintas horas. Cuando llegué a Iquique y empecé a recorrerla con más atención, me comenzó a pasar algo reiterado: llegábamos a lugares que mi esposo recordaba de otra manera y, de pronto, eso ya no estaba o estaba muy deteriorado. Ahí apareció una inquietud fuerte. Después publiqué un primer reel y se hizo muy viral. Pero detrás de eso no había una estrategia superficial; había una necesidad genuina de compartir una mirada profesional y ciudadana sobre una ciudad que me parece hermosa, pero profundamente descuidada en sectores que no deberían estarlo.

—Tú vienes de Valparaíso, otra ciudad puerto, otra ciudad con memoria, con capas históricas, con deterioros y contradicciones.



¿Qué similitudes ves entre Valparaíso e Iquique?

—Muchísimas. De hecho, con Sebastián siempre decimos que son como hermanos separados al nacer. Ambas son ciudades puerto, ambas tienen una historia marcada por la inmigración, por ciclos productivos intensos y por haber aportado muchísimo al país. Son ciudades que generaron riqueza, que fueron motores económicos

en distintos momentos, pero donde uno se pregunta legítimamente cuánto de esa riqueza quedó realmente en la ciudad. Y ahí está una de las similitudes más duras: pareciera que hubo grupos que se beneficiaron enormemente de esos ciclos, pero el territorio urbano terminó absorbiendo el golpe cuando la bonanza decayó. En Valparaíso pasó con su dinámica portuaria; en Iquique

con el salitre, después con otros procesos productivos y ahora con la minería y el comercio. La ciudad siente el desgaste. Ese es el gran punto: cómo una ciudad que genera tanto puede mostrar, al mismo tiempo, señales tan visibles de empobrecimiento y desatención.

—Desde esa comparación, has planteado una pregunta muy potente: por qué Iquique no

consolidó un patrimonio urbano más sólido, más robusto, más protegido. ¿Dónde sientes que estuvo la diferencia?

—Esa pregunta me la hacía mucho mi esposo, desde el dolor de buen iquiqueño. Me decía: “¿Por qué en Valparaíso hay edificios de tres o cuatro pisos, de mampostería, de gran solidez, y acá nos quedamos con otros sistemas más frágiles?”. Y la respuesta no es simple, pero tiene que ver también con el destino de los recursos y con las lógicas de inversión que hubo en cada ciudad. Cuando uno recorre Iquique y mira espacios como Baquedano o edificios emblemáticos como el Palacio Astorrec, entiende que aquí hubo un patrimonio valioso, pero no necesariamente una política consistente de consolidación y preservación con visión de largo plazo. Entonces la pregunta no es solo arquitectónica, también es política y económica: ¿dónde quedó la riqueza? ¿Cuánto se reinvertió en ciudad? ¿Cuánto se pensó realmente en dejar infraestructura y patrimonio sólidos para la comunidad?

—Has insistido en que en Iquique no solo hay deterioro, sino también una especie de normalización del abandono. ¿Qué tan grave te parece ese fenómeno?

—Me parece gravísimo. Una cosa es que existan problemas, porque toda ciudad los tiene, pero otra muy distinta es que se empiece a instalar la idea de que da lo mismo. Yo he usado la palabra abandono con mucha responsabilidad y me hago cargo de ella. Hay abandono del patrimonio, sí, pero también hay una desvalorización más profunda. Es como si se estuviera transmitiendo un mensaje peligroso: que estos edificios ya cumplieron su ciclo, que están viejos, que no vale tanto la pena salvarlos. Y eso es muy dañino, porque romper con el patrimonio es romper con la memoria colectiva. Cuando la gente viaja al extranjero o a otras ciudades



patrimoniales, lo primero que quiere ver son justamente los vestigios de la historia, los edificios antiguos, las huellas del tiempo. Pero aquí pareciera que eso se relativiza. Y cuando una ciudad relativiza su historia, empieza a perder una parte de su identidad.

—En tu diagnóstico aparece una idea que va más allá del patrimonio: la ciudad bella frente al mar y la ciudad precarizada hacia adentro. ¿Iquique vive una fractura urbana?

—Sí, totalmente. Hay una primera línea que muestra una cara muy atractiva de Iquique, especialmente para quien viene de afuera. Pero cuando uno se interna, aparecen otras realidades. Entonces se instala este relato de que la ciudad ya recibió bastante porque tiene playa, porque tiene borde costero, porque tiene una postal privilegiada. Y no, eso no basta. No se le está haciendo un favor a la ciudadanía al mantener un borde bonito. Eso es parte de lo mínimo esperable en una ciudad con estas características. La pregunta es qué pasa con los barrios interiores, con las calles, con los espacios públicos, con la limpieza, con la sombra, con las áreas verdes, con las fachadas que se desploman, con los edificios en ruina, con la experiencia cotidiana del habitante común que no vive frente al mar. Ahí está la fractura, y esa fractura no se puede seguir maquillando.

—Has citado incluso conceptos como la “enfermedad holandesa” para explicar parte del problema. ¿Cómo aterrizas esa idea a la realidad de Iquique?

—Lo aterrizo desde una observación muy concreta. Iquique gira fuertemente en torno a polos como la minería y Zofri. Son motores económicos enormes, sin duda, pero el problema es que cuando una ciudad depende tanto de ciertas actividades extractivas o de determinados servicios, muchas otras dimensiones quedan desplazadas. Entonces uno se pregunta qué pasa con quienes no quieren o no pueden insertarse en esos mundos; qué pasa con los oficios creativos, con las humanidades, con la vida cultural, con la arquitectura, con la ciudad como espacio de experiencia humana y no solo productiva. Lo que ocurre es que se tiende a organizar todo en torno a ese eje dominante y el resto se empobrece,

o al menos queda relegado. Por eso me parece tan importante que Iquique piense su desarrollo más allá de la minería y del comercio. Una ciudad no puede depender solo de su músculo económico; tiene que cultivar también su alma.

—Tú has sido muy crítica con el trato que recibe el patrimonio, pero también has dicho que el problema de fondo parte por la educación. ¿Por qué sitúas ahí la raíz?

—Porque si a una comunidad no le enseñan desde pequeña a valorar su entorno, difícilmente lo va a defender después. Para mí la causa raíz está en la falta de educación, y no solo en el aula formal, sino en toda la experiencia formativa de ciudad. Cuando una sociedad deja cerrado un teatro durante tantos años, cuando no incorpora el patrimonio como parte de la formación, cuando no fortalece el vínculo entre cultura, identidad y espacio urbano, está enviando un mensaje muy claro: esto no importa tanto. Y sí importa. Importa muchísimo. Ir al teatro, acceder a las artes, reconocer el valor de una iglesia antigua, de una fachada centenaria, de una plaza bien cuidada, todo eso también forma ciudadanía. No estamos hablando de un lujo. Estamos hablando de la estructura simbólica que sostiene una comunidad.

—Desde una mirada más práctica, ¿por dónde debería empezar Iquique a revertir este deterioro? ¿Cuál sería el primer paso realista?

—Yo creo que hay que empezar por una escala abordable, visible y concreta. Primero, ejecutar los recursos disponibles y dejar de eternizar los procesos. Si hay licitaciones, si hay fondos, si hay proyectos técnicamente posibles, entonces hay que moverlos. No se puede seguir atrapado durante años en la excusa del

trámite mientras los edificios se siguen deteriorando. Segundo, empezar por hitos emblemáticos. La ex Aduana, la torre del reloj, el Palacio Astoreca, edificios que para la comunidad son reconocibles y que pueden convertirse en señales de que algo efectivamente está cambiando. Y tercero, asumir que la recuperación urbana no depende solo del Estado. También el vecino tiene una tarea: pintar su fachada, barrer su vereda, cuidar su antejardín, no naturalizar la suciedad ni el desorden. Eso no reemplaza el deber de la autoridad, pero sí fortalece una cultura cívica que hoy se necesita con urgencia.

—Aquí hay una tensión importante. ¿No existe el riesgo de cargar sobre la ciudadanía responsabilidades que son del Estado, del municipio o de otras instituciones?

—Por supuesto que existe ese riesgo, y por eso hay que decirlo con claridad. Yo no estoy planteando que la ciudadanía haga el trabajo que corresponde a la autoridad. No se trata de romantizar el esfuerzo individual para tapar la ineficiencia estructural. El Estado tiene una responsabilidad central en el resguardo patrimonial, en el ordenamiento urbano, en el mantenimiento de espacios públicos y en la generación de políticas de largo plazo. Pero al mismo tiempo, la ciudadanía no puede renunciar completamente a su rol. Son planos distintos y complementarios. Me parece peligroso cuando todo se reduce a “que lo hagan ellos” y, al mismo tiempo, el entorno inmediato se abandona. El punto correcto, creo yo, es exigir institucionalidad eficiente y, a la vez, reconstruir hábitos comunitarios que alguna vez existieron. Una ciudad se levanta con política pública, pero también con cultura cotidiana.



Entrevista

—En tus palabras hay una crítica severa a la lentitud institucional. Te lo pregunto de manera directa: ¿sientes que en Iquique falta voluntad política para defender el patrimonio?

—Creo que más que una sola cosa, lo que falta es una mezcla de voluntad, visión y urgencia. A veces pareciera que se entiende el patrimonio como un tema secundario, como algo decorativo o postergable, cuando en realidad forma parte del desarrollo integral de la ciudad. Y sí, a ratos siento que se normaliza demasiado la demora. Que todo se explica con trámites, permisos, observaciones, procesos interminables. Pero cuando hay voluntad política en otros temas, las cosas se aceleran. Entonces esa diferencia se nota. Ahora bien, yo también quiero reconocer cuando algo se mueve. Si aparece una licitación, si se activa un proceso, me parece importante decirlo. No vengo a instalar una lógica de demolición permanente. Vengo a decir: avancemos, pero avancemos de verdad, con tiempos razonables, con seriedad técnica y con una visión que no se agote en el anuncio.

—También pusiste sobre la mesa un tema incómodo: la formación de los nuevos arquitectos y el rol de la academia. ¿La ciudad está desaprovechando capacidad intelectual local?

—Sí, y eso me parece muy delicado. Yo he tenido conversaciones con personas vinculadas a la arquitectura en Iquique y estoy convencida de que aquí hay jóvenes pensando la ciudad, proyectándola, imaginando soluciones de largo plazo. El problema es que muchas veces esos trabajos quedan encapsulados en la lógica académica, en la maqueta, en la entrega, en el semestre, y no alcanzan a entrar en la conversación pública real.

Iquique necesita vincular mucho más a la academia con el territorio. Necesita más estudio del patrimonio, más trabajo de campo, más enfoque urbano integral. Y también necesita abrir la discusión sobre qué tipo de profesionales está formando. Porque una ciudad como esta, con tanta riqueza patrimonial y tantas tensiones territoriales, no puede formar especialistas desconectados del lugar que habitan. La universidad debería ser un actor mucho más visible en esta conversación.

—Déjame llevarte a una pregunta más íntima, pero también más política en el fondo. ¿Qué edificio o espacio de Iquique te duele más? ¿Dónde se concentra para ti esa herida urbana?

—Me duele muchísimo la ex Aduana, por todo lo que representa, por la historia que alberga, por el peso simbólico que tiene. Me duele el Palacio Astoreca, me duele pensar que un edificio de esa magnitud y ese valor pueda seguir esperando mientras el tiempo corre en su contra. Y me duele también todo lo que todavía no alcanzamos a mirar con suficiente fuerza: iglesias, clubes deportivos centenarios, edificios comerciales antiguos, estructuras que cuentan la historia viva de la ciudad. A veces uno cree que el dolor patrimonial está solo en los íconos más conocidos, pero no. También está en esas piezas menos visibles que se van perdiendo en silencio. Y cuando una ciudad pierde demasiadas piezas, lo que se resquebraja no es solo su paisaje: se resquebraja su relato.

—Para cerrar, has dicho que no quieres ser vista como una enemiga ni como una figura polémica que busca viralidad. ¿Qué papel quieres jugar realmente en esta discusión sobre Iquique?

—Quiero ser una colaboradora. Lo digo con total honestidad. No tengo interés

en una carrera política, no busco pelear por pelear, no me mueve el escándalo fácil. Me mueve la ciudad. Me mueve la comunidad. Me mueve la idea de vivir en un lugar más limpio, más ordenado, más bello, con más sombra, con más áreas verdes, con más dignidad urbana. Yo elegí vivir aquí y no quiero resignarme a querer esta ciudad solo por su borde costero mientras todo lo demás se deteriora. Mi plataforma está al servicio de generar conciencia, conversación y presión pública cuando sea necesario. Pero ojalá esa presión se entienda como una energía constructiva. Yo voy a seguir hablando de esto, porque creo en el largo plazo, y porque estoy convencida de que Iquique todavía puede reencontrarse con la ciudad que merece ser.

En resumen, la conversación con Leonor Bravo no transcita por la nostalgia vacía ni por el reclamo ornamental. Lo que plantea, en el fondo, es una disputa más profunda por el sentido de ciudad: qué se conserva, qué se abandona, qué se considera digno de atención y qué se deja caer hasta que desaparezca del mapa. Su voz incomoda porque obliga a mirar lo que muchas veces se prefiere bordear; obliga a reconocer que la belleza natural de Iquique no alcanza para tapar sus fracturas urbanas ni para justificar la postergación permanente del patrimonio. Pero también ofrece una salida: asumir que la recuperación de una ciudad no depende solo de presupuestos o discursos, sino de una decisión política y cultural de volver a valorar lo propio. En tiempos donde tantas ciudades terminan desdibujadas por la prisa, el abandono o la costumbre, la pregunta que deja flotando esta entrevista es simple y brutal a la vez: si Iquique no defiende su historia ahora, ¿cuánto más está dispuesta a perder antes de reaccionar?